

# LA INMIGRACION ARABE EN CHILE

*Myriam Olguín Tenorio*  
*Patricia Peña González*

EDICIONES

INSTITUTO CHILENO-ARABE DE CULTURA

1990

## b) Algunas opiniones sobre la inmigración árabe

La llegada de población árabe a nuestro país, su asentamiento en éste, sus actividades y toda manifestación que hablara de su presencia en Chile, comenzó a despertar el interés de muchos contemporáneos a la inmigración misma. Intelectuales y periodistas dejaron testimonio de su posición frente a esta situación.

Lo anterior permite visualizar y estudiar las opiniones de algunos que se ocuparon del tema, no obstante que también es importante poder determinar —tarea muy difícil— cuál fue la actitud o posición del pueblo, de la gente común, frente a estos inmigrantes que, en su mayoría, llegaron a vivir a los mismos barrios que ellos habitaban.

Don Gonzalo Vial, en su *Historia de Chile*, hace referencia a algunos autores que se ocuparon del problema de la llegada de extranjeros, ya que no eran los árabes solamente los que inquietaban a algunos, especialmente, a los que tenían posiciones claramente contrarias a estos hechos. Eran los italianos, los españoles, los franceses, los chinos y japoneses, junto a los árabes o “turcos”, los que recibían fuertes críticas de algunos connotados intelectuales chilenos. Tal vez, uno de los más destacados autores que se refirió al tema de la inmigración, en general, pero que también trató en particular la llegada de “turcos”, fue don Nicolás Palacios en su libro *Raza chilena*.

El mencionado autor, quien escribe su libro precisamente para analizar el problema de la llegada de extranjeros, lanza sus primeros dardos contra los “europeos meridionales”, vale decir, franceses, italianos y españoles, y con cifras en mano los acusa de haber acaparado el comercio, especialmente en las grandes ciudades. Este copamiento de la actividad comercial, según Palacios, impedía la posibilidad de ascenso social para los chilenos que, en

consecuencia, eran desplazados de dicha actividad, lo que, al parecer, era su principal preocupación.

Esto último continúa analizando se debía a que estos europeos eran amables, corteses y conversadores, cualidades que utilizaban para reemplazar la calidad y la honestidad en la venta. Empero, sus acusaciones continuaban, al catalogar a estos comerciantes incluso de incendiarios, hecho que afirma sin la posibilidad de la duda.

Palacios, que si bien abunda en condenas a los extranjeros, concluye afirmando que los verdaderos culpables de toda situación, eran los dirigentes del país, que por sustentar “ideas universalistas”, no ponían atajo a la inmigración que cada día era peor en la calidad de las personas que llegaban. En efecto, Palacios, no rechaza la inmigración en sí, lo importante para él era que se hiciera con una “raza superior”, aludiendo, claramente, a la anglosajona y germana<sup>10</sup>.

Veamos ahora su opinión y alusiones respecto de los turcos o más bien a los que llama “turcos y gitanos”.

En este sentido, Nicolás Palacios daba una visión muy errada y prejuiciada. Refiriéndose al cierre de la *Agencia General de Colonización*, en París, dice que esto se debió a que no mandaba el número que se le pedía, pero nunca se le reprochó la calidad, pues jamás aquí —Chile— se ha rechazado un colono. Luego agrega:

*Antes de clausurarse la tal Agencia, cumplió como pudo su cometido, mandándonos cuanto tipo humano encontró en el Viejo Mundo. Entre ellos merecen especial recuerdo los turcos, de que nos envió remesas en seis de los vapores de Europa en 1902.*

*Por esos mismos meses traían los diarios de París varios artículos sobre lo que se llama “trata de blancas” o enganche de mujeres libres con destino a este continente (...) Los turcos eran culpados en primer lugar como agentes y con-*

<sup>10</sup>PALACIOS, NICOLÁS. *Raza Chilena*, págs. 105 a 183.

ductores de tan curiosa mercancía. Las dan ordinariamente de buhoneros o mercanchifles ambulantes para facilitar y encubrir su oficio. Las policías de varios países del Viejo Mundo los persiguieron a sol y a sombra hasta que esos súbditos del Gran Turco se toparon con los agentes chilenos que andaban en la caza de agricultores que remitirnos. Son miles las desgraciadas que esos turcos han traído a América, y a Chile<sup>11</sup>.

Como se desprende del texto, Palacios afirma que los “turcos”, al menos aquéllos de 1902, llegaron gracias a la gestión de la *Agencia General de Colonización*, junto a su peculiar comercio. La confusión era grande, y seguramente Palacios estaba imbuido de una serie de equivocaciones difundidas en la época, y su equivocación era mayor al pretender que la *Agencia de Colonización* tramitó la venida de colonizadores turcos. Eso no ocurrió con los árabes llegados a Chile.

En rigor, no es falso que en 1902 llegaron algunos “turcos” en los vapores provenientes de Europa, según se pudo constatar en las listas de viajeros enviadas por la *Agencia General de Colonización*, en París —que eran publicadas en el *Diario Oficial*—, pero su número era insignificante, y la mayoría eran mujeres con hijos u hombres jóvenes, siendo todos consignados como “inmigrantes libres”. Al respecto, se puede asegurar que se trataba de árabes, ya que sus nombres hablaban por sí solos. Entre esos apellidos, se encontraban algunos como: Nasar, Lama, Sabat, Mussalem, Hirmas, Comandari, entre otros. Esto mismo niega, incluso, la posibilidad de que aquellos turcos a los que se refería Palacios, fueran “turcos europeos”<sup>12</sup>.

<sup>11</sup>Idem, págs. 258 a 259.

<sup>12</sup>Diario Oficial de la República de Chile./ 30 de noviembre - 1902 - N° 7.085 / 29 de enero - 1902 - N° 7.138 / 12 de marzo - 1902 - N° 1.455 / 12 abril - 1902 - N° 7.204 / 22 de agosto - 1902 - N° 7.332 / 12 de septiembre - 1902 - N° 7.355 / 7 de noviembre - 1902 - N° 1.455 / 19 de noviembre - 1902 - N° 1.455 / 2 de enero - 1903 - N° 7.473 / 7 de marzo - 1903 - N° 7.525/.

Sin embargo, Palacios prosigue en su análisis, ahora refiriéndose a los sirios, a quienes, al menos, diferencia de los turcos. Entre los sirios, engloba a una serie de otros grupos o nacionalidades o tal vez consideraba que éstos poseían más de una denominación:

*Otro tipo de colonos es el de los sirios. Estos sirios son también llamados egipcios, bohemios, zíngaros, gitanos, etc. Originarios del Asia, forman una casta parasitaria bien conocida*<sup>13</sup>.

Como se puede observar, la confusión y equivocación de Palacios, iba en aumento. Describe el modo de vida de estos “sirios” y, de esta descripción, se desprende claramente que se refería en realidad a los gitanos, y, por supuesto, es obvio que también les otorgaba el título de tratantes de blancas, e insiste en su calidad de colonos.

*Al mismo tiempo que en varios países se les daba un plazo perentorio para repasar las fronteras, a Chile, llegaban con pasaporte pagado y opción a una hijuela*<sup>14</sup>.

Lo anterior no es efectivo, pues no hubo sirios traídos por el Estado y, menos, que hubiesen llegado a instalarse en tierras entregadas por éste.

En síntesis, Palacios tenía una postura contraria a la inmigración que se desarrollaba en su época, fundamentalmente porque ésta —según él— restaba oportunidades al nacional y porque, aunque estuvieran establecidos en Chile, seguían rindiendo culto a su antigua patria. No desconoce, sin embargo, lo aportado por los primeros, especialmente alemanes, pero ésta era ya una etapa superada.

Aparte del doctor Palacios, famosos por su oposición a la inmigración de su época, fueron don Zenén Palacios, hermano

<sup>13</sup>PALACIOS, NICOLÁS. Op. cit., pág. 259.

<sup>14</sup>Idem, pág. 259.

del anterior, quien odiaba a extranjeros y aristócratas, y don Tancredo Pinochet, quien temía a la extranjerización del país. En estos tres autores hay rasgos racistas, especialmente en el primero. Por otra parte, los dos últimos no se refieren a los árabes, en especial.

Otro prestigioso intelectual que se preocupó especialmente de la llegada de árabes a Chile, fue don Joaquín Edwards Bello, aunque no escribió una obra para tal efecto. Su posición, muy contraria por cierto, la dio a conocer en la columna que escribía en el diario *La Nación*, y fue a propósito de una carta que un lector envió al periódico, en la que expresaba su rechazo a la actividad comercial de los árabes:

*en Chile entran miles de sirios, árabes, turcos y chinos. razas que se dedican al baratillo y ninguno de ellos produce un poroto en Chile*<sup>15</sup>.

Una afirmación como ésta, hizo a Edwards reflexionar acerca de la situación —como él mismo anota— y no sólo desarrolló una posición ante las actividades económicas de los árabes, sino que también, sostuvo una serie de ideas en relación a algunos cambios que se habrían producido debido a la presencia árabe en Chile. Señalaba que para su época —1935— había disminuido la llegada de ingleses, italianos, españoles y otros, pero se había incrementado el número de “árabes, sirios y judíos”. Debido a todo eso —afirmaba el periodista—, la población chilena era “cada vez más morena”, y se habían constituido en Santiago barrios que eran eminentemente “orientales”, como Recoleta, San Pablo, San Diego, etc.

Por último, abrigaba una crítica al gobierno, que permitía el ingreso de cualquiera.

*de seguir recibiendo en vasta escala, nuestra América dejará de ser lo que fue para convertirse decididamente en un*

<sup>15</sup>La Nación, sección cartas del público, abril 3 de 1935, pág. 10.

guirigay de tipo oriental. Nunca creí en el mito del Arauco gótico, sin embargo, es evidente que el chileno de hace treinta años no era tan moreno como ahora<sup>16</sup>.

Más aún, llegó a decir que el sur estaba volviéndose “turco” debido a la llegada de tantos inmigrantes.

En resumen, aparte de todas estas aseveraciones, débiles en cuanto a la realidad histórica y con rasgos racistas, Edwards Bello los acusa de ser improductivos, por dedicarse solamente al comercio y de practicar cotidianamente la alteración en las mercaderías. Esto último deja de manifiesto que al menos analiza el problema bajo conceptos económicos y no meramente racistas. Los acusa de ser improductivos por la naturaleza de su actividad: el comercio, que, en esencia, tendría esa característica.

No obstante, en Edwards se nota claramente un desconocimiento de las acciones en el campo industrial que, ya por esos años (1935), realizaban muchos árabes en Chile, y también su desconocimiento de las verdaderas nacionalidades de los inmigrantes, objeto de su estudio.

Precisamente, estas ideas las vierten los aludidos en un artículo que publicaron en el *Boletín Árabe*, para rebatir al destacado personero que los atacaba. Como se verá en el capítulo correspondiente, ésta era una de las principales funciones de los periódicos publicados por los árabes.

En general, con el paso de los años, se irá haciendo evidente que las críticas y ataques —rastreados en los diarios— en contra de los turcos, se centran casi exclusivamente en sus actividades comerciales. Se insistía en los pocos escrúpulos que habrían tenido en sus negocios; que acaparaban el comercio en desmedro de los chilenos; y más de alguno los tildaba de incendiarios o de “una plaga comercial”<sup>17</sup>.

Obviamente, en estos artículos no había menciones respecto a

<sup>16</sup>Idem. abril 4 de 1935. pág. 3. N° 6.338.

<sup>17</sup>*Boletín Árabe*. abril 15 de 1935, N° 56.

sus actividades, cada vez más importantes, en la industria, argumento frecuentemente usado por los árabes para contraponerse a los ataques, más aun cuando contaban con alguna declaración gubernamental que alababa su actividad comercial y especialmente la industrial, como la emitida por el Ministerio de Relaciones Exteriores en el año 1930<sup>18</sup>.

En relación a esto mismo, se debe señalar que a nivel de periódicos y revistas no árabes, abundaban, quizá en mayor proporción, los artículos y noticias favorables a la colectividad árabe, y como se deduce fácilmente, éstos precisamente alababan sus actividades económicas, además de destacar su labor social, como repartos de alimentos, donaciones, y el aporte dado a la economía nacional, a través de sus capitales y trabajo. Frecuentemente, se recurría a entrevistas de connotados miembros de la colectividad para tratar estos aspectos, como don Moisés Mussa, Juan Yarur, los señores Hirmas, Yazigi, Ahués, y otros<sup>19</sup>.

Sin embargo, se tratara de artículos contrarios o no, se los criticara o defendiera, en lo que sí todos, o la gran mayoría coincidía, era en los errores respecto a su procedencia o nacionalidad, aun cuando el siglo estuviese muy avanzado y el dominio político de los turcos fuera cosa del pasado. Para todos eran los turcos u otomanos.

Por último, la novela también nos da cuenta de algunas noticias que la prensa entregaba sobre los árabes. En este sentido, Benedito Chuaqui, en sus "Memorias...", hace referencia a artículos en que se los acusaba de increíbles acciones, como, por ejemplo, haber introducido la malaria y el "tracoma" en Chile, tratantes de blancas, traficantes de drogas, además de ser incendiarios y ladrones profesionales. Chuaqui indicaba:

*Con gran dolor, a veces con la desesperación de la impotencia, leíamos con cierta frecuencia que algunos males que*

<sup>18</sup>La Reforma, diciembre 27 de 1930, pág. 2, N° 1.

<sup>19</sup>La Mañana, Santiago, diciembre 12 de 1912, N° 1.182.

La Opinión, Santiago, julio 24 de 1918, N° 997.



surgían en la ciudad eran achacados a los inmigrantes “turcos”, tan desaseados y de mal vivir<sup>20</sup>.

Estos hechos motivaron, entre otros —como hemos dicho—, la creación de periódicos e instituciones que tuvieron como especial objetivo, la defensa de la colectividad ante este tipo de ataques (ver capítulo 5).

Hasta aquí se han reseñado los principales aspectos de las posiciones que despertó, en algunos miembros de la “intelectualidad chilena”, la presencia árabe en nuestro país. Sin embargo, éstas no nos muestran necesariamente la actitud e impresión que dicha presencia despertó en la gente del pueblo.

Lo anterior es muy difícil determinarlo, fundamentalmente por la carencia de fuentes, ante la cual no queda más que remitirse a las novelas y testimonios personales de inmigrantes que fueron protagonistas de los hechos. Tampoco se debe olvidar que la gran mayoría de los inmigrantes, llegaron a establecerse en sectores o barrios humildes, por lo tanto, desde sus inicios, convivieron con los sectores más pobres de la sociedad.

En primer lugar, es lógico suponer que no toda la gente tenía similares actitudes con los árabes, porque, aunque hubo hostilidad en algunos casos, también hubo afecto y amabilidad, y por último, quizá más frecuente, era aquella actitud totalmente indiferente frente a la presencia de extranjeros dentro de su propio medio, toda vez que, numéricamente hablando, los árabes no causaron mayor sensación dentro de la totalidad de la población chilena.

No obstante, en el intento por determinar actitudes o juicios de la sociedad hacia los árabes, hay situaciones que se mencionan con más frecuencia, y que son precisamente referidas a hostilidades y rechazo, quizá, por parte de algunas personas. En este sentido, lo más generalizado eran las burlas, sobre todo en la calle. En dichas oportunidades, lo que siempre se repetía eran los gritos:

<sup>20</sup>CHUAQUI, B. *Memorias...* pág. 383.

“turcos”, “todo a cuarenta”, y se les remedaba el modo de hablar. Además, los inmigrantes entrevistados coinciden en señalar que otros elementos que causaban burla, risas y a veces desprecio, eran su manera de vestir —pobre y “desaliñada”—, y su modo de vivir —a veces, amontonados en gran número en una sola pieza—<sup>21</sup>.

Es demostrativo, al respecto, la visión sobre el “turco” que se expresa en la novela *Aprendiz de Hombre* del autor González Vera, quien dice por boca de un barbero:

*Usted se habrá fijado en los turcos... Abren temprano. Cierren cuando no pasa un alma. Si nadie entra, permanecen inmóviles. Así ahorran energía y ropa. Después se van a sus casas. Viven en caserones. ¿Cuántos habitan en el mismo? ¿Sólo Dios lo sabe? ¿Los ha visto entrar? Son como hormigas. A la vuelta de unos años abren su fábrica y siguen igual: la misma ropa, la misma cara, el mismo paso. Sólo por lo que existe dentro de su fábrica uno comprende que son ricos*<sup>22</sup>.

En efecto, lo anotado en el párrafo anterior es fiel a la realidad de la mayoría de los árabes en sus primeros años en Chile. Sus negocios eran muy humildes al igual que las casas donde vivían, si es que no habitaban en el mismo. También era cierto que, comúnmente, convivían varios paisanos, especialmente cuando llegaban solos al país, y si se trataba de familias, solían ser muy numerosas, es decir constituidas por padres, hijos, abuelos, y otros familiares, como cuñados, sobrinos, etc.

Por último, podemos añadir las menciones de Benedicto Chuaqui, cuando señala algunas opiniones de personas cercanas a él, en las que se catalogaba a los “turcos” de sucios y habitando cuartos inmundos “como animales”<sup>23</sup>. Estas opiniones, que no

<sup>21</sup>LABÁN, MARÍA Testimonio oral.

<sup>22</sup>GONZÁLEZ VERA, JOSÉ S. *Aprendiz de hombre*, pág. 95.

<sup>23</sup>CHUAQUI, B. Op. cit., pág. 401.

creemos puedan ser extendidas a la mayoría, deben ser atribuidas a que los árabes comenzaron viviendo en sectores pobres, en casas humildes, muchas veces de conventillos o cités, que, en ocasiones, no contaban con las mínimas condiciones de higiene. Pero es obvio que esta situación que afectaba a los árabes, afectaba también a toda la población que habitaba en los mencionados lugares.

En síntesis, podemos concluir que la hostilidad hacia el árabe, por parte de algún sector del pueblo, se manifestó en burlas y molestias y, a lo sumo, en francas muestras de desprecio por su aspecto, forma de hablar y de vivir. No pensamos que haya sido por una posición producto de una reflexión, y tampoco, que tomara en cuenta ciertos aspectos, como la actividad económica del árabe —como sí pudo suceder en sectores más cultos o ilustrados, que pudieron resentirse por los logros económicos de los árabes—.

Aun así, consideramos que sería peligroso afirmar que en Chile se produjo xenofobia por los árabes, ni por ningún otro grupo extranjero. El "odio al extranjero" como lo define Gonzalo Vial<sup>24</sup>, y específicamente al árabe, existió en un reducido grupo, esencialmente de intelectuales u hombres cultos, con innegables rasgos racistas, pero no fue en modo alguno, generalizado. Nunca hubo persecuciones o campañas para expulsarlos del país; todo lo contrario, la gente acogió prontamente al árabe, que sin mayores dificultades se integró a la sociedad chilena.